



Cine

La trilogía de Collar desafía la escena

El pintor, escritor y realizador paraguayo, radicado en Holanda desde hace muchos años, habla de su obra, sus aprendizajes y lo que representa volver a ver *Miramenometokéi* y *Novena*, y estrenar *Costa Dulce*.



Por Miguel H. López

Periodista

@miguelhache

Uno de los pioneros en la osadía de hacer cine en el Paraguay contemporáneo, cuando casi nada había; el pintor hiperrealista que hace películas, Enrique Collar, habla con el *Correo Semanal* sobre su creación –cine de contenido–, que no logra proyectarse en las salas comerciales del Paraguay, de la trilogía que salta a la escena desde hoy en el Centro Cultural Paraguayo-Americano (CCPA) y del estreno de su obra más pictórica, *Costa Dulce*.

¿Por qué una exhibición de la trilogía de tu obra cinematográfica?

–La idea nace como una posibilidad de acercar al público en un mismo lugar tres obras que individualmente representan mi forma de entender el cine y su proceso. Creo que las tres películas interactúan como un entendimiento de distintos aspectos de nuestra sociedad y desde la mirada de un tipo de cine que intenta ser lo más honesto posible al embrión que me empujó a llevar a concretarlas.

Desde *Miramenometokéi* hasta *Costa Dulce*, ¿qué permanece y qué se decanta en la filmografía de Collar?

–Pienso que tiene que ver con el testimonio, con los personajes que me habitaban y que mediante el hechizo del registro de la cámara fueron exteriorizándose para formar parte de mi galería personal y que a su vez puede ser el de todos. Por un lado, Victoria, en *Miramenometokéi*, era como mi hermana, mi hija o alguien a quién descubrir; o Raquel, mi madre, una tía o vecina. Evelio, en *Novena*, un tío o vecino de Itauguá; o David, en *Costa Dulce*, alguien imaginado y que sin embargo había nacido y vive en Itauguá. Y el tío Juan, mi héroe de niño con sus aventuras de regreso de las cochezas del Chaco argentino; o Santaní y sus noches de velas y poesía en guaraní o yopará.

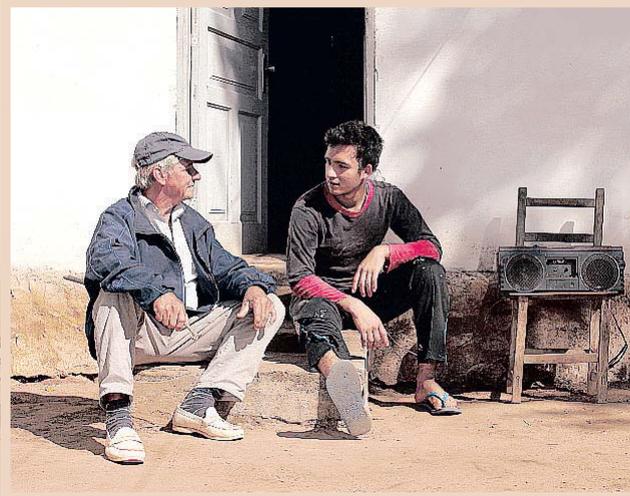
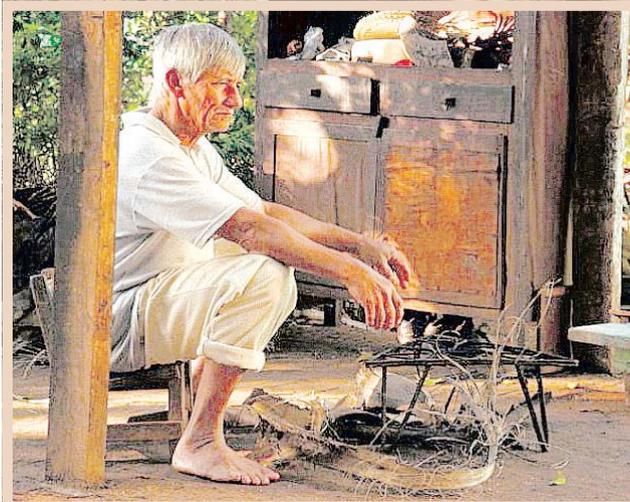
–En 2002 se concreta tu aventura de contar historias en películas. ¿Cuáles son las lecciones que quedan de estas obras que con luces y sombras marcan momentos intensos en la escena paraguaya?

–El deseo continúa siendo un fuerte motor que nos mueve, consciente o inconscientemente, a poder llevar adelante proyectos que muchas veces cuando los revisas en el futuro decís: “Qué loco estaba” o “Qué milagro haber podido hacer esto”. Me pasa con *Miramenometokéi*, una película a la que dediqué dos años de mi trabajo de pintor. Hoy no pararía de pintar dos años por una película. Pero en su momento, para mí y el equipo profesional y artístico que conformamos, estábamos convencidos de que podíamos concretar esa misión, casi imposible, de hacer cine nacional entre nosotros. En ese momento, año 2000, el cine nacional con ideas contemporáneas era un poco el bisonte que vivía fuera de la caverna, y salimos por él.

El pintor que hace cine

–Constantemente definís tu obra audiovisual como la de un pintor que hace cine, eso ¿qué significa, incluyendo aquello de cine puro que decís perseguir?

–Con el tiempo fui dándome cuenta de que la mayoría de los cineastas que más me interesan o aportan son aquellos que tuvieron un paso por las artes plásticas. Robert Bresson estudió pintura antes de hacer cine. Kurosawa, Greenaway y Víctor Érice, también. Pero en mi caso, fui pintor antes que cineasta, durante y después de cada película, continué pintando. Y en este proceso de la trilogía, en cada película, fue creciendo la necesidad de poder sintetizar la mirada de pintor con la del cineasta. Por lo tanto, el cine es para mí el lenguaje más cercano a la pintura. En *Costa Dulce*, hicimos un trabajo sonoro complejo con Juan Carlos Careaga, con sonido ambiente de atardeceres y noches de Itauguá, más pájaros del Paraguay. Como un modo de sugestionar la imagen real al plano más sensorial,



Tres por tres. *Novena*, *Costa Dulce* y *Miramenometokéi*. Historias sintetizadas por Collar, su director de fotografía y un reducido equipo de paraguayos.

sin llegar a la musicalización, y así mantenernos en esa pureza de imagen y sonido.

Lo urbano y lo rural

–*Miramenometokéi* es una película marcada por los vaivenes sórdidos de lo urbano y suburbano; *Novena* explora el sufrimiento paraguayo, el desarraigo y la necesidad permanente de ser sin dejar de ser, y *Costa Dulce* se adentra en el mito, las creencias y el animismo. ¿Esto significa algo que se pueda explicar desde tu vida, tu mirada, tu narrativa?

–Como pintor siempre tuve que pensar al arte paraguayo como urbano y rural, porque somos un país construido con estas divisiones. Los dos idiomas enmarcan perfectamente estos dos mundos. En mi caso

se suma el Río de la Plata, la emigración.

–De la trilogía, *Novena* es el cine de contenido, más marcado. ¿Por qué no se la pudo disfrutar en salas comerciales de Paraguay, entendiéndose que siguió un circuito de festivales, varios premios, y retrata nuestra cultura sincrética con todos sus dramas cotidianos?

–Lo intentamos, mucho, pero no hubo interés concreto de parte de las salas comerciales. Lo más curioso es que ni siquiera han respondido con un sí o un no, “only in Paraguay”. *Novena* es una película que emociona, que llega a la gente y a los entendidos del cine. Pero no espero más nada de las salas. Lo del Teatro Municipal (avant-première) fue increíble. Y ahora muy agradecido al CCPA y a Meli Peña, por creer en otro tipo de cine, que el público local también pueda tener oportunidad de ver. Además, muy contento con la semana que se nos viene con las proyecciones en el Teatro de las Américas.



Un director muy visual con una mirada profunda sobre Paraguay

La más de una década de trabajo cinematográfico de Enrique Collar se sostiene en buena medida en la estética, la composición, la imagen. En esa tarea de compleja relación con un director, estuvo Christian Núñez, quien dirigió la fotografía de *Miramenometokéi* (su primera película), *Novena* y *Costa Dulce*.

Cuando Núñez recuerda la tarea a lado de Collar, habla del placer de hacer cine. “Es un director muy visual y abierto a sugerencias. Su mirada sobre el Paraguay es profunda y compleja, y eso se refleja en sus relatos”, expresa.

Puntualiza que en las tres películas en las que trabajaron juntos, “rescatamos parte de nuestra cultura, historias, mitos, muy enriquecedores para nuestro cine nacional”.

Habla de perseverancia y del trabajo en equipo como claves para el éxito de las producciones, que siempre es mínima. Un grupo humano que no supera las diez personas.

También recuerda que hacer la primera película fue una quijotada. En las últimas dos “abordamos la ficción y el documental en un mismo nivel”, acota, y menciona que *Costa Dulce* fue grabada con una sola lente de 50 mm, con la que se logra una película de alto nivel pictórico.

La trilogía estará a fines de 2014 en un devedé financiado por el Fondec.

El equipo de Collar no habla de lo que se viene. Sin embargo, el realizador anticipa su deseo de hacer una película en Rotterdam, donde vive hace 11 años “yendo y viniendo en bicicleta”.